

DANIEL DURÁN DUELT

Durante la Edad Media, el monasterio de Santa Catalina del Monte Sinaí fue un centro de peregrinación de gran importancia para el mundo cristiano. Este monasterio, fundado por Justiniano en el siglo vi, se asentaba cerca del lugar donde las Escrituras dicen que Moisés vio la zarza ardiente, recibió las tablas de la ley e hizo brotar el agua con la que sació al pueblo de Israel. Pero para los cristianos era importante, sobre todo, por tratarse del lugar al que unos ángeles trasladaron el cuerpo de santa Catalina después de su martirio en la ciudad de Alejandría. Tanta fue la importancia del culto a la santa que, hacia el siglo xi, se cambió finalmente el nombre original del monasterio, la Transfiguración (Metamorfosis), por el de Santa Catalina.

El interés despertado por la santa milagrosa y la relativa proximidad de su monasterio a los lugares santos de Palestina favorecieron su inclusión en los itinerarios de los peregrinos en Tierra Santa. Pero si los cristianos ortodoxos lo frecuentaron desde los comienzos, los cristianos de obediencia romana sólo empezaron a hacerlo de forma relevante a raíz de las Cruzadas y, sobre todo, tras la masiva expansión de la devoción a la santa en Occidente a partir del final del siglo xi.¹

En la Corona de Aragón, al igual que en la Europa cristiana, el culto a santa Catalina adquirió una gran importancia. Buena muestra de ello es el elevado número de iglesias, monasterios, capillas y retablos que le fueron consagrados, especialmente en los siglos xiv y xv, pero también la huella que dejó en la antropología, sobre todo en Mallorca. Esta devoción

fue la principal impulsora de las visitas al monasterio. Los peregrinos catalanes, que desde siglos atrás frecuentaban Tierra Santa, acudían en el siglo xiv en gran número a Santa Catalina. De hecho, a finales de siglo el puerto de Barcelona entró con fuerza en la competición por el transporte de los peregrinos a Tierra Santa, dominada claramente por Venecia, coincidiendo con el momento álgido de las relaciones comerciales catalano-argonesas con Siria y la navegación hacia el Levante. Hasta la segunda década del siglo xv la ciudad condal se convertiría en un importante puerto de embarque para peregrinos catalanes, castellanos, gascones, bearneses y bordeleses, de la Guyana, ingleses, etc., que con naves catalanas, aunque también castellanas y vascas, harían la travesía a Oriente.²

Tal fue el interés que despertaron la santa y su monasterio en tierras catalano-aragonesas que los monarcas otorgaron especial atención al cenobio, no en vano los reyes de Aragón eran también los protectores de otros lugares santos –la capilla de Santa María de Belén, desde los tiempos de Jaime I– y se mostraron siempre muy preocupados por la vida de los religiosos en Oriente y el mantenimiento del culto en las iglesias, incluso en las que no estaban sujetas al rito latino, como era el caso del monasterio del Sinaí. No obstante, esta actitud estaba motivada no sólo por unos impulsos religiosos estrictamente personales, sino que había también un fuerte componente de prestigio individual y dinástico: poner de manifiesto el papel de campeones de la fe de los reyes de Aragón. Más allá de la simple intervención di-



■ SANTA CATALINA, DETALLE DE LA FIRMA EN LA PARTE POSTERIOR: MARTINUS DE VILANOVA PINXIT.

■ SANTA CATALINA. MARTÍ DE VILANOVA. 1387. PINTURA SOBRE MADERA. MONASTERIO ORTODOXO GRIEGO DE SANTA CATALINA, MONTE SINAI, EGIPTO.

plomática ante las autoridades mamelucas, el favor real se concretó también en el patronazgo directo mediante los donativos económicos que adquirieron regularidad con Fernando II el Católico y sus sucesores³ y el apoyo directo a quienes trabajaban al servicio del monasterio o por el bien del mismo, como la oscura Orden de los Caballeros de Santa Catalina.⁴ Pero este respaldo fue aún más evidente con los monjes sinaíes, que se desplazaron hasta la península Ibérica y las islas Baleares en busca de ayudas económicas para el mantenimiento de su cenobio. Estos siempre contaron con la ayuda del rey para organizar las colectas de subsidios. Especialmente señalada será la protagonizada por tres monjes del mencionado monasterio en

los años 1406-1407,⁵ o la que años más tarde, en 1419, llevará al padre Pedro de Damasco, abad del monasterio, y a fray Juan de Panfilia a Barcelona y otras tierras catalanas, donde permanecieron unos cuatro años.⁶

Bien fuese gracias a la política de apoyo real, bien a los relatos por escrito o de viva voz de los peregrinos,⁷ los monjes en sus visitas u otras personas relacionadas con el cenobio, lo cierto es que el monasterio de Santa Catalina destacó por su presencia en la Corona de Aragón, asociándose de forma inseparable al recuerdo de su patrona, tal y como deja constancia, por ejemplo, la pintura de Francesc Comes, procedente del Puig de Pollença, en Mallorca, consagrada a *Santa Caterina del Munt Sinay* y en la que se representa a la santa dentro de unas murallas que parecen ser las del monasterio egipcio.⁸

Un testimonio del vínculo especial que se estableció entre la Corona de Aragón y el monasterio del Sinaí es el retablo donado al cenobio por el cónsul de los catalanes en Damasco, Bernat Maresa, en 1387, y en el que se representa a la santa titular del monasterio.⁹ Se trata de una obra de gran calidad donde santa Catalina aparece representada en la forma clásica del arte occidental: de pie, coronada, con el instrumento de su suplicio, la rueda dentada y la palma que da fe de su condición de mártir. Destacan el delicado trabajo del manto que la cubre, cercano a los modelos textiles de lujosa manufactura italiana que imitaban producciones persas y la sinuosidad de su figura, además de la filigrana del grabado que envuelve toda la obra y decora la aureola de la santa. Se trata de una bella obra del gótico italianizante tardío, próxima a los postulados de la pintura sienesa, pero que denota ya la incorporación de ciertos rasgos del estilo internacional en la volumetría de los vestidos.

En lo que respecta a la autoría de la obra, contamos con la inscripción del pintor en latín en la parte posterior de la tabla: *Martinus de Vilanova. pinxit*. Desafortunadamente no se sabe nada de este pintor. Por tratarse de un encargo del cónsul de los catalanes, tal y como indica la inscripción de la parte inferior de la tabla (*aquest retaula. féu fer .lo honrat. en*







aparte de dos cuarteles con las armas reales, otros dos que muestran un castillo sobre fondo azul. Eso parece reforzar la conexión mallorquina en la factura de la obra. En realidad, no sería un hecho extraño. La devoción isleña a santa Catalina y el papel de Mallorca como nudo de comunicaciones en el comercio panmediterráneo pudieron hacer de la isla el lugar idóneo en el que realizar o, al menos, llevar a cabo un encargo como éste. No sabemos si el cónsul le encargó la obra directamente a algún pintor de la isla o el encargo llegó de forma indirecta, pero si este último fue el caso se explicaría así que el pintor interpretase el encargo de la representación de las armas de la ciudad como las de la villa de Mallorca, cuando posiblemente el cónsul estaba pensando en las de la ciudad de Barcelona aunque no lo especificara.

Sin embargo, ¿por qué el cónsul de los catalanes encargó una obra como ésta y la entregó como donativo al monasterio? Si bien los peregrinos que visitaban Santa Catalina solían dejar ofrendas o exvotos diversos, como la armadura que el castellano Pedro Tafur entregó a los monjes sinaíes en 1439,¹⁰ también es cierto que esta pieza significa mucho más. La representación de las armas propias del cónsul en la parte inferior izquierda, un escudo cuartelado con el primer y cuarto cuarteles de veros antiguos azules y dorados y el segundo y tercero con un ave cada uno, seguramente un rey de codornices (en catalán *meresa*) que alude al apellido del comitente, puede hacer pensar en una iniciativa propia de piedad y prestigio personales. Pero la inclusión de la dedicatoria, que destaca la vertiente pública del personaje, elegido cónsul en 1385, y del escudo real, apuntan a una idea de proyección exterior de la obra y a un significado político de la misma, la creación de una imagen pública muy concreta.

El de Maresa fue un mandato clave en la historia consular de Damasco. Poco después de su elección los consejeros barceloneses, con el acuerdo del rey, procedieron a una re-

■ SANTA CATALINA,
DETALLE DE LOS ESCUDOS.



forma en profundidad del consulado mediante la promulgación de una serie de capítulos que debían regular su organización y funcionamiento.¹¹ Él sería el encargado de ponerla en marcha y reactivar el consulado. Podemos imaginar que, como parte del nuevo y ambicioso proyecto del cónsul, se desplegaría también una serie de imágenes y se promovería una serie de actos que reforzarían su figura tanto de cara a sus compatriotas como a las autoridades locales y ciertas instituciones prestigiosas. En este sentido la cronología del encargo del retablo y de la donación del mismo son considerablemente reveladoras. Se sitúa a las puertas de la eclosión de Barcelona como puerto de em-

barque de peregrinos hacia Tierra Santa. ¿Pudo ser esta iniciativa un intento, por tanto, por parte del cónsul, de ganarse el favor del monasterio y de manifestar la potencia de la comunidad catalana? Ciertamente sí. No en vano se multiplicaron en los años posteriores las menciones a naves y peregrinos que zarparon del puerto de Barcelona con destino, entre otros, al puerto de Jaffa, en el que se centralizaba la peregrinación a Tierra Santa y bajo la jurisdicción del cónsul de Damasco, así como las noticias de peregrinos catalano-aragoneses que estuvieron de paso por Santa Catalina, monasterio éste, por otra parte, estrictamente vinculado a la capital de Siria.

≡ SANTA CATALINA,
DETALLE DE LA INSCRIPCIÓN
DE LA PARTE INFERIOR.

Pensemos en la impresión que debía causar a los peregrinos catalano-aragoneses encontrar en tierra tan lejana una imagen tan familiar. Sin duda, les transmitiría cierta seguridad y algún tipo de orgullo comunitario, pero a la vez sería un recordatorio claro de hasta donde se extendía el brazo de las instituciones políticas y sociales de sus lugares de origen. Imaginamos, asimismo, lo que representó también para los monjes de Santa Catalina descubrir un cónsul, una comunidad y un rey devotos y amigos de su monasterio al otro lado del Mediterráneo. Esta poderosa imagen propició, sin duda, el entendimiento futuro y fructífero entre ambas partes.

NOTAS

1. CANTONI, P.: *Les pèlerinages à Jérusalem et au Mont Sinai du XIV^e au XVI^e siècle*. Tesis de l'Ecole Nationale des Chartes. París, 1972; LABIB, Mahfouz. *Pèlerins et voyageurs au mont Sinai* (Publicaciones del instituto francés de arqueología oriental de El Cairo. Investigaciones de arqueología, filología e historia 25). El Cairo, 1961; LEWIS, K. J.: «Pilgrimage and the cult of St Katherine of Alexandria in late medieval England». En: STOPFORD, J. (ed.), *Pilgrimage Explored*. Woodbridge: York Medieval Press, imprint of Boydell and Brewer, 1999, pp. 145-60.
2. GUDIOL, J.: *De peregrins i peregrinatges religiosos catalans*, «Analecta Sacra Tarraconensia», 3, 1927, pp. 93-119; VIELLIARD, J.: «Pèlerins d'Espagne à la fin du Moyen Âge». En: *Homenatge a Antoni Rubió i Lluch. Miscel·lània d'estudis literaris històrics i lingüístics*, II. Barcelona, 1936, pp. 265-293; COULON, D.: *Barcelone et le grand commerce d'Orient au Moyen Age. Un siècle de relations avec l'Égypte et la Syrie-Palestine (1330-1430 environ)*. Thèse présentée par Damien Coulon, sous la direction de Monsieur Michel Balard, Université de Paris I Panthéon-Sorbonne, I. París, 1999, pp. 76-80.
3. UBACH, B.: *El Sinai. Viatge per l'Àrabia pètria cercant les petjades d'Israel*. Abadía de Montserrat, 1955, pp. 229-230.
4. Alfonso el Magnánimo y la reina María otorgaron diversos salvoconductos a los castellanos Simón Vázquez, *miles Sancte Caterine*, Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Consejería, reg. 2673, f. 19r, 24r-v); y a Pedro Sánchez de Mena de la diócesis de Burgos, *miles qui Beate Caterine regulam sequens*, ACA, Consejería, reg. 2673, 127r; reg. 3117, f. 129v.
5. (ACA), Consejería, reg. 2213, f. 113v-115r, 121r, 123r-v; 2214, f. 52r-v; 2268, f. 132v-133r.
6. Archivo Histórico de Protocolos de Barcelona (AHPB), Bernat Pi, Manual, 1419, abril, 21-1419, diciembre, 16, f. 10v-11r; Bernat Pi, Manual, 1422, enero, 7 – 1422, junio, 27, f. 31v.
7. PUJOAN, J.: «Un nou viatge a Terra Santa en Català». En: *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, I, 1907, pp. 371-384.
8. LLOMPART, M.: *La pintura gòtica mallorquina*, I. Palma de Mallorca, 1977, fig. n.º 52.
9. COUYAUT-BARTHOUX, J.: «Sur une peinture catalane du XIV^e siècle, trouvée au monastère du Sinai». En: *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, V, 1913-1914, pp. 729-733. CARBONELL, E.; CASSANELLI, R.: *El Mediterráneo y el Arte. Del gótico al inicio del Renacimiento*. Barcelona: Lunverg, 2003, p. 77.
10. JIMÉNEZ DE LA ESPADA, M. (ed.): *Andanças e viajes de un bidalgo español, Pero Tafur (1436-1439)*. Barcelona: Ediciones El Albir, 1982, pp. 98-99.
11. LÓPEZ DE MENESES, A.: «Los consulados catalanes de Alejandría y Damasco en el reinado de Pedro el Ceremonioso». En: *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, VI, 1956, pp. 43-183.